

y sin participación por la mano de Dios, y que frecuentemente he reconocido que hubiera sucumbido bajo estas cargas, si no hubiera sido en mis miras, en mis planes, ayudado por la voluntad de Dios. Si yo me permitiese el daros una respuesta en una materia tan de repente é inopinadamente presentada á mi decisión antes de haber sentido esta respuesta en mi corazón y en mis labios inspirada por aquel que ha sido en todas las ocasiones mi oráculo y mi guía, esta respuesta os daría pocas garantías de mi prudencia. Aceptar ó rechazar con una palabra lo que me ofrecéis con razones sacadas de mi propio interés personal, olería á la carne y á la sangre. Elevarme así por consideraciones de ambición ó de gloria, sería á la vez una maldición para mí, para mi familia, y para este mismo imperio: más valdría entonces, sabedlo bien, que jamás hubiera nacido.

«Dejadme, pues, consultar despacio á Dios, y á mí mismo: y espero que ni el rumor de un pueblo ligero é irreflexivo, ni la ambición de los que pudiesen esperar medrar con mi grandeza, influirá en mi deliberación, cuyo resultado os daré á conocer lo mas pronto posible.»

VIII.

Tres días despues volvió el parlamento á apresurar la respuesta: era confusa, ininteligible en muchos sentidos. Créese ver el gesto embarazado de César rechazando con sonrisa la corona de Antonio y de los soldados en el Circo: no había nada de esto sin embargo. Despues de cuatro días de repetidas instancias por parte del parlamento, y de políticas pero significativas dilaciones por la suya, concluyó Cromwell por esplicarse inteligiblemente en un d'auvo de palabras.

«La dignidad real se compone de dos cosas, les dijo: del título de rey, y de las funciones de la monarquía. Las funciones de la monarquía están de tal modo ligadas por sus raíces con nuestra antigua legislación, que caerian todas nuestras leyes si en su aplicación no hubiese una parte de autoridad monárquica: empero en cuanto al título de rey, ese título implica no solo una autoridad suprema, sino, me atreveré á decirlo, una voluntad divina! He tomado el sitio que ocupo para evitar peligros inminentes á mi patria, y para preservarla todavía. No regatearé sobre el título de rey ó de protector, porque dispuesto estoy á servirlos, no solo como protector ó como rey, sino como constable, si quereis, es decir, como el último magistrado del país: porque á la verdad, examinando bien mi situación, muchas veces me he dicho, que en el fondo yo no era mas que un constable manteniendo el orden y

la paz en la parroquia! Juzgo en consecuencia que no tenéis ninguna necesidad de darme á aceptar el título de rey... Porque cualquier otro nombre es tan útil para el caso.»

Despues, con un abandono que era demasiado humilde para ser sincero, continuó:

«Permitidme, añadió, hacer aqui en voz alta delante de vosotros una confesion. En el momento en que he sido llamado y preferido para mi obra por Dios á tantos otros que valian mucho mas que yo, ¿quién era yo? Yo no era mas que un simple capitán de caballería en un cuerpo de la milicia. Tenia allí por jefe un amigo, un digno amigo, un noble corazón, y de quien sé que os es tan grata como á mí la memoria, Mr. Lampden. La primera vez que entré en el fuego con él vi, que nuestras tropas bisonas, indisciplinadas, compuestas de hombres que no temian á Dios, eran batidas en todos los encuentros, introduje un nuevo espíritu con el permiso de Lampden, un espíritu de celo y de piedad en nuestras tropas, y formé mis hombres en el temor de Dios. Desde aquel día no han cesado de batir al enemigo á él la gloria.»

«Lo mismo ha sucedido, y lo mismo sucederá, señores, en el gobierno: el celo y la piedad nos salvará sin rey!... Comprendedme bien: yo consentiria de muy buena gana en ser víctima aqui por la salvacion de todos: no pienso en verdad que sea necesario el que esta víctima por todos sea un rey.»

¡Ah! lo habia pensado demasiado tarde para Carlos I: la sangre de aquel rey protestaba contra sus palabras: habia querido un rey inocente por víctima, no del pueblo sino del ejército.

IX.

Comenzaba á aguiarse en sus remordimientos. Para aplacarlos, dicen, ó para alimentarlos durante los días en que el parlamento tenia así suspendida sobre su cabeza la corona, se hizo llevar á la bóveda subterránea de White-Hall, donde descansaba aguardando otro sepulcro el cuerpo decapitado de Carlos I. ¿Iba á buscar en aquel espectáculo el oráculo de su incertidumbre, y la eleccion de su ambición? ¿Iba á implorar de su víctima el perdón del asesinato que habia permitido, la remision de la vida y del trono que le habia arrebatado? Se ignora. Lo que sé dice es, que hizo levantar las tablas del féretro real que cubrian la cabeza y el cadáver embalsamado del rey ajusticiado; que alejó á todos los testigos, y que permaneció largo tiempo en silencio cara á cara con la muerte. ¡Entrevista muy estófica si no era de arrepentimiento! Meditacion de que Cromwell no podia salir sino mas criminal, si no es que salia mas consternado. Sus sorvidos

res notaron sobre sus facciones una desusada palidez, y un sombrío silencio sobre sus labios. La pintura ha reproducido muchas veces esta estraña y singular escena: allí se ha visto el triunfo del ambicioso sobre el cuerpo de su víctima: nosotros nos inclinamos mas á ver el triunfo de los remordimientos sobre el asesino.

X.

Sus cartas intimas respiran en aquella época de su vida la melancolia de una ambición que ha llegado á todo su crecimiento en el fondo de las grandezas humanas, que conoce su propio vacío en un destino tan lleno en la apariencia. Respira tambien un desfallecimiento en el corazón, que debilita en sus manos las riendas del gobierno.

«Verdaderamente, escribe á Fleetwood, su yerno y su lugarteniente en Escocia, verdaderamente, mi querido Carlos, jamás tanto como al presente he tenido necesidad del socorro y de las oraciones de mis amigos cristianos! Todos los de cada opinion quieren hacerme adoptar la snya con preferencia. Este espíritu de mansedumbre que existe al presente en mí, no agrada á nadie. Creo poder decirlo con verdad: mi vida ha sido un voluntario sacrificio, y lo creo, un sacrificio para todos. ¡Persuadid á los amigos que están á nuestro lado, que sean mas moderados! Si se acerca el día del Señor como dicen unos, ¿cuánta no debe ser su moderacion? En mi tristeza estoy dispuesto á decir: ¡Oh! ¡Si tuviera yo las alas de la paloma! Entonces seguramente echaria á volar.... Pero es una impaciencia reprehensible; ven, digo al Señor, porque tengo en mi muger y en mis hijos algo que me liga á la vida!.... Escusadme, pues; comunicad mi amor á vuestra querida muger, y dad mi bendicion, si quereis algo de mí, á vuestro niño.»

Ocupábase al mismo tiempo de asegurar para despues de su muerte, alguna fortuna independiente á cada uno de sus hijos y de sus hijas. Las considerables sumas que el parlamento le daba para el esplendor de su título, sus propios bienes, y la austera, aunque decente economía de su vida, le permitian adquirir algunas propiedades privadas. Se ha encontrado la lista y el producto de sus bienes, en sus cartas á su hijo Ricardo. Son doce haciendas de seis á treinta mil francos de renta.

«¿Qué importa lo demas? decía algunas veces. Les dejo por fortuna la gracia de Dios, que me ha sacado de tan baja esfera para colocarme tan alto.» Diritase que tenia el presentimiento de su próximo fin.

XI.

Los que se le acercaban lo confiesan así. El cuáquero Fox, uno de los fundadores de aque-

lla piadosa y filosófica secta que ha reducido toda la teología á la caridad, conversaba algunas veces libremente con Cromwell; Fox ha escrito en aquellos tiempos á uno de sus amigos: «Ayer he encontrado á Cromwell en el parque de Hamton-Court: iba á caballo á la cabeza de sus guardias. Antes de que le viese sentí como un espíritu de muerte que pasase entre él y yo. Cuando estuve enfrente de él, vi sobre su rostro la palidez del sepulcro. Se detuvo: le hablé de los padecimientos de los amigos (cuáqueros). Le di las advertencias que el Señor puso en mis labios. Me dijo: Venid á verme mañana. A la mañana siguiente fui á Hamton-Court: me dijeron que se hallaba indispuesto. No volví á verle mas desde aquel día.»

Hamton-Court, magnífica residencia feudal de Enrique VIII, era una mansion que por su lóbrega y monacal grandeza debia agradar á Cromwell. El castillo flanqueado de anchas torres y en su base con bastiones de una plaza fuerte, está coronada de almenas batidas sin cesar por el vuelo de las cornejas. Está construida á orilla de aquellos profundos bosques, lejos de la tierra, tan gratos á la raza sajona. Las encinas seculares de su vasto parque parecen afectar la magestad de una vegetacion real, parecen igualarse á las góticas torres del castillo: largas avenidas veladas de sombra y de la niebla no tienen por perspectiva sino los verdes céspedes atravesados en silencio por rebaños de gamos domesticados. Puertas estrañas, bajas, abovedadas en ojiva, parecidas á las aberturas de una caverna en la maciza roca, dan entrada á subterráneos, á cuerpos de guardia, á salas de armas, á bóvedas entapizadas con haces de armaduras antiguas, escudos y desgarradas banderas. Todo respira allí aquella sombría soberanía que forma el vacío alrededor de los reyes por el respeto y el terror. Hamton-Court era la morada predilecta de Cromwell, pero el dolor le tenia sujeto allí en aquel momento tanto como el deseo de distraerse.

Habia colocado la Providencia, como sucede á muchos grandes hombres, la venganza y la espiacion de sus faltas en torno suyo, en su propia familia. Muchas hijas habian embellecido su hogar. La primera se hallaba casada con lord Ful-Cambridge, la otra con Fleetwood, la tercera con lord Claypole, la cuarta, la mas jóven lady Frances, se hallaba viuda á los trece años de Rich, nieto del conde de Warwick, antiguo compañero de armas del Protector. El dolor de aquella jóven tan querida de su padre entristecia el interior de Hamton-Court.

Fleetwood, sombrío republicano, siempre combatido entre el ascendiente de Cromwell, que sufría no sin remordimientos las oposiciones de los republicanos puros que veian un tirano en el protector, echaba en cara á su suegro el haber absorbido la república para salvarla. Habia arrastrado por fanatismo y por amor

á su joven esposa en su descontento y en sus murmuraciones. Lady Fleetwood tenía á la vez, como un segundo *Bruto*, un invencible atractivo y un invencible horror á su padre convertido en el tirano de su país. La sangre y el espíritu de secta se combatían en su corazón. Emponzoñaba la vida de su padre con sus convenciones.... Cromwell, en medio de los cuidados y pesares del gobierno, se veía sin cesar acosado por aquellas invectivas de sus hijos republicanos contra las medidas absolutas de su gobierno, y temblaba sin cesar descubrir la mano de Fleetwood y de su mujer en alguna tentativa de los republicanos contra él. El tono suplicante de sus cartas á lady Fleetwood da la medida de las angustias de aquel padre, obligado á escusarse en su casa cuando todos temblaban ante él en Inglaterra y en Europa. Pero aquella hija de Cromwell, agitada sin cesar por los remordimientos de la libertad destruida no se calmaba á la voz de su padre sino por un momento. Volvía sin cesar á empezar á convencerla de miedo de tener que castigarla. Era la Némesis de su padre.

XII.

La hija de Isabel, lady Claypole, era su consuelo. Esa joven y seductora mujer poseía la gracia, el espíritu y el sentimiento, todo cuanto justificaba la preferencia y, podría decirse, la admiración de Cromwell por ella. El historiador realista *Hume*, que no es sospechoso de adulación ni aun de justicia para la familia del asesino de su rey, confiesa que lady Claypole tenía el encanto de la virtud cuanto era necesario para justificar la adoración del mundo. Una de esas crueles fatalidades que parecen casualidades, pero que son los castigos de la tiranía, había quebrantado recientemente el corazón hasta la muerte de aquella encantadora joven, y levantado entre ella y su padre una de esas disensiones trágicas de familia en las que desgarrada la naturaleza por dos sentimientos encontrados, como Camila entre su patria y su amante, no puede inclinarse al uno sin hacer traición al otro. La muerte es la única salida en semejante situación.

En una de las recientes conspiraciones realistas contra el poder del protector, un joven *caballero* (nombre que se daba á los partidarios de Carlos II) había sido condenado á muerte. Tenía Cromwell el derecho de conceder el perdón, y lo hubiera ejercido si el culpable, que sabía que inspiraba el mas tierno interés á su hija, hubiera consentido, por una condescendencia cualquiera, en dar pretexto para su clemencia. Empero el intrépido Hewet (este era el nombre del reo) había desafiado al protector ante la justicia, como había desafiado el

peligro de la conspiración. Sordo Cromwell por vez primera á las súplicas y recursos de la desesperación de su hija postrada á sus pies para arrancarle la vida del hombre que la era querido, había ordenado la ejecución. Lady Claypole se sintió herida de muerte por el mismo golpe. Cromwell había muerto á su hija atravesando el corazón de uno de sus enemigos. Isabel cayó en una mortal languidez, y retirada á Hamton-Court, á pesar de los cuidados de su madre y de sus hermanos no salía de su abatimiento sino para echar en cara á su padre la sangre de su víctima. Sus trágicas imprecaciones, interrumpidas por arrepentimientos y por momentos de ternura para con su padre, llenaba el palacio de turbación, de misterio, de remordimientos y consternación. La viuda de lord Claypole se consumía rápidamente en aquellas alternativas de lágrimas y de maldiciones, que en Cromwell causaban angustias, súplicas y tardios arrepentimientos. Sentíase aborrecido por su crueldad del ser mas amable sobre la tierra, y para colmo de remordimientos era él mismo el que había herido á su hija. Así, la república le fortificaba por un lado y la monarquía por otro; tomaba en uno el fanatismo, en otro el corazón de su hija para vengarse sobre su propio corazón, en su propia casa, de su ambición ó de su inhumanidad contra las dos causas. Situación del moderno Afrida que corrompia todas sus aparentes prosperidades, capaz de dar compasión á sus mas implacables enemigos.

Lady Claypole murió en sus brazos en Hamton-Court á fines de 1658 perdonando á su padre. Pero la naturaleza no le perdonaba.

Desde el día que hizo sepultar á su hija querida no hizo ya mas que desfallecer.

A pesar de que en apariencia estuviese robusto de cuerpo, y su verde madurez de cincuenta y nueve años, mantenida por la guerra, la sobriedad y la castidad de las costumbres, le conservase la agilidad y el vigor de un joven, el disgusto de la vida, ese prérntesis del alma, comprimía su corazón muerto en un cuerpo sano. Parecía no tomar interés alguno en los negocios del gobierno ni distracción en su propia familia. Trataron sus confidentes de separar sus pensamientos del sepulcro de su hija, obligándole á cambiar de sitio y á divertirse dominando la amargura moral que le consumía. Su secretario Thurloc y algunos de sus amigos, de quienes hacia mas caso, de acuerdo con su mujer, le proporcionaban sin saberlo él, revistas, cacerías, y otras diversiones. Lleváronle á Londres: allí se aburría tanto como en su casa de campo. Intentaron reanimar su languidez con comidas camppestres traídas del palacio por sus criados y dispuesta sobre la verde yerba y á la sombra de los hermosos álamos en los parages que mas le gustaban. Su primer gusto, el gusto de la naturaleza, de el campo y de los animales que la vivifican era lo último que moría en él. El

cultivador y el corredor de animales se hallaban bajo él, señor de un imperio. La Biblia y la vida patriarcal á que él hace sin cesar alusiones, se asocia en su imaginación, en sus recuerdos, en las ocupaciones principales y la echaba de menos hasta en su palacio. Decía con frecuencia como Danton: ¡feliz el que vive en una choza y cuida su campo!

Un día que Thurloc y el criado de Cromwell le habían hecho preparar una comida sobre la yerba en medio del día, á la sombra de un bosque de magníficas encinas separado de la ciudad y mas tenebroso entonces que hoy, se sintió mas sereno y mas alegre que de ordinario y quiso pasar el resto del día en aquella soledad. Mandó á sus escuderos que le trajeran seis caballos bayos que los estados de Holanda le habían enviado de regalo, para ensayarlos en un carruaje en las avenidas del parque. Montaban dos pajes los caballos de mano de las dos primeras parejas. Cromwell hizo sentar á Thurloc en el pescante, tomó en la mano la guía de los dos caballos del timón. Pero fogosos los animales y todavía indómitos, arrojaron al suelo á los pajes, y levantándose de manos echaron á correr á la ventura con el carruaje haciéndole pedazos contra un árbol y derribando á Cromwell bajo de él. Hizo su caída salir el tiro de una pistola que llevaba bajo de su vestido. Inmediatamente lo llevaron sobre la arena entre los destrozos de su equipage. Al fin se levantó aunque herido; aquella caída y la detonación del arma de fuego revelaron al pueblo, que se había amontonado para saber el accidente, su terror y las precauciones que tomaba, y no faltaron sarcasmos acerca de su aventura para alimentar la malignidad de sus enemigos, y hasta el crearse un presagio, que le causa un asombro mal reprimido. Afectó, sin embargo, reír con Thurloc: «Mas fácil es, le dijo algunas veces guiar un pueblo que un carruaje.»

XIII.

Hizose conducir á Hamton-Court, y la imagen presente de su querida hija en aquellas salas le parecía hacer su dolor menos cruel que con el olvido de los sitios que había dejado vacíos con su muerte. Una fiebre lenta é intermitente se apoderó de él. Sufrió los primeros accesos sin que nadie de los que estaban á su lado sospechase la gravedad del mal. La fiebre se convirtió en terciana y mas aguda. Consumíanse rápidamente sus fuerzas. Los médicos llamados de Londres le atribuyeron al aire pantanoso de las orillas mal dirigidas del Támesis en la estremidad de los jardines de Hamton-Court. Lleváronle al palacio de Wite-Hall, cual si hubiera entrado en los designios

de la Providencia hacerle morir delante de la ventana del mismo palacio en donde se había por su voluntad construido diez años antes el cadalso del rey su víctima.

No debía Cromwell levantarse ya mas del lecho real donde le tendieron á su vuelta á Londres. Mil veces se han disfrazado ó interpretado sus actos y sus palabras durante su larga agonía al capricho de los partidos que tenían que vengarse de su vida ó aprovecharse de su muerte. Un documento nuevo, auténtico é irrecusable, la nota tomada de aquel suceso hora por hora y suspiro por suspiro por el intendente de su casa que le asistía día y noche, nos hacen conocer todos sus pensamientos y todas sus palabras. Las palabras de aquella hora suprema son el secreto de los pensamientos. La muerte desenmascara todos los rostros, y no hay hipocresía al ver levantada la mano de Dios

XIV.

En los intervalos de los accesos de fiebre, ocupaba sus horas con la lectura de los libros santos y con pensamientos, ora desesperados, ora resignados, de la muerte de su hija. «Leedme, decía en uno de estos momentos á su mujer, la epístola de San Pablo á los habitantes de Filipo.» Leyó esta estas palabras: «He aprendido á estar contento en cualquiera situación que Dios me envíe: he aprendido á conocer las dos fortunas, el exceso del abatimiento y el exceso de la prosperidad. He desafiado la una y la otra con la fuerza de Dios que me sostiene!» Paróse la lectura. «Este versículo, dijo Cromwell, me ha salvado una vez la vida en el momento en que la muerte de mi primogénito, Oliverio, penetró en mi corazón como la hoja de un puñal. ¡Ah! San Pablo, continuó diciendo, tenía el derecho de hablar así porque Dios le había correspondido con su gracia. ¡Empero yo!... Despues, contentiéndose con un tono de reflexiva confianza despues de un rato de silencio: empero ¿el Cristo de Pablo no es el mio tambien?»

Orábase por él en los tres reinos: los puritanos por su profeta, los republicanos por su salvador, los patriotas por el sosten de la patria. Resonaban las antecámaras con los murmullos sordos que producían ministros, procuradores, capellanes inspirados, amigos de su persona y su familia, ofreciendo á Dios sus gemidos para rescatar la vida de el santo. Mas parecía Wite-Hall á un santuario que á un palacio: aquellos mismos aparatos de inspiración mística que le habían arrastrado á aquella morada al principio, se presentaban en su fin. No se ocupaba mas que de piedad, nunca de política, tanto dominaba en él el pensamiento de su salvación sobre el pensamiento de prolon-

gar su poder. Había designado á su hijo Ricardo por su sucesor en un paquete sellado y estraviado el día mismo en que había sido nombrado Protector. Querían los que estaban á su lado que renovase aquel acto; empero él mostraba ó indiferencia ó repugnancia en hacerlo. Por último, cuando le preguntaban delante de estigos si no era verdad que su voluntad fuese que le sucediese su hijo Ricardo, si, tartamudeaba con una señal de cabeza afirmativa y en seguida mudaba de conversacion. Era evidente que aquel hombre gastado en las vicisitudes de los imperios y en la versatilidad de los pueblos, daba poco valor á los testamentos de un dictador y se refería á la Providencia sobre la suerte de su dictadura despues de su vida. «Dios gobernará por el instrumento que le plazca elegir, decía. ¿Quién me ha dado la autoridad sobre su pueblo?» Decía haber depositado aquel papel en Hamton-Court; se fué allí á buscarle, no se encontró nada y no volvió mas á hablar de él. Ricardo que vivía siempre en el campo en la casa paterna de su muger, llegó á Londres con sus hermanas y cuñados para rodear el lecho de muerte del gefe de su familia. Parecía que él tampoco se hacia mas ilusion que su padre sobre la herencia de su poder: no le tenia ni afición, ni ambicion. Toda la familia dejada por el protector en la vida privada y en la medianía de la vida comun, parecia dispuesta á volver á entrar en ella con gusto, cual los actores que salen de la escena despues de representar un drama. No habian acumulado sobre ellos ni odio, ni envidia por su insolencia ú orgullo. Hijos de Sila que podian impunemente mezclarse con la muchedumbre, la mútua ternura de esta familia y sus lágrimas eran el solo aparato de aquella muerte en torno del lecho del protector.

«No lloréis así, dijo una vez á su muger y á sus hijos, que lloraban en su cuarto. No améis los bienes del mundo, os lo digo al borde de mi sepulcro, no améis al mundo.»

Hubo un momento en que pareció sentir, sin embargo, alguna debilidad y amor á la vida.

«¿No hay nadie aquí que pueda sacarme del peligro?» No respondieron nada. «El hombre nada puede, replicó: Dios puede lo que quiere. Pues bien, ¿no hay nadie que quiera orar conmigo?»

El silencio de sus labios se interrumpía de tiempo en tiempo por aspiraciones místicas y por palabras vacilantes, en las que se dicen las oraciones interiores.

«Señor, testigo sois de que si quiero vivir, es para glorificar vuestro nombre y terminar vuestras obras! Es terrible, es terrible, es terrible... murmuró tres veces, caer en las manos del Dios vivo.»

«¿Creéis, dijo al capellan, que el hombre puede perder jamás el estado de gracia ante Dios, si una vez ha sido llevado á ella?»

«No, respondió el capellan, el estado de

gracia no supone la posibilidad de una recaída. —Pues bien, replicó Cromwell, estoy satisfecho; estoy seguro de haber estado en perfecta gracia en cierto periodo de mi vida.

Todos estos problemas eran para la vida futura; ninguno para la presente.

«Soy el último de los hombres, continuó un momento despues, pero amo á Dios, alabo á Dios, ó mas bien, soy amado de Dios.»

Hubo un momento en que se creyó que había pasado el peligro de su enfermedad, ó lo creyó él mismo. Wite-Hall y los templos resonaron por las acciones de gracias. Corto fué aquel momento; la fiebre redobló, tuvo dias y noches de tranquila debilidad y de vagos delirios. En la mañana del 30 de agosto, mirando uno de sus oficiales por la ventana, reconoció al republicano Ludlowd desterrado de Londres, que pasaba por la plaza. Informado Cromwell de la presencia de Ludlowd, le alarmó el motivo que él llevaba á Londres, y la audacia de presentarse en la capital y pasar bajo de las ventanas de palacio. Temió una esplosion republicana calculada para estallar al exhalar él el último suspiro. Envió á su hijo Ricardo á casa de Ludlowd, para sondear las intenciones secretas de los republicanos. Interrogado Ludlowd, aseguró que había venido á Londres á un asunto particular, y hasta ignoraba al venir la enfermedad del protector. Prometió volverse á marchar el mismo día. Es el mismo Ludlowd que se procesó poco tiempo despues de la muerte de Cromwell, como regicida, y que murió impenitente de su asesinato en Verrai, sobre las orillas del lago Lemán, donde se ve su sepulcro.

Asegurado Cromwell sobre las intenciones de los republicanos, no se ocupó mas que en santificar su fin: el intendente de su casa que le cuidaba, le oyó proferir por versículos inconexos su última oracion en alta voz. Notó para su propia edificación, aquellas palabras, á medida que se escapaban de los labios del protector moribundo, y las trasmitió largo tiempo despues á la historia.

«Señor, yo soy una miserable criatura, pero ya estoy en la verdad por la gracia, y yo espero comparecer delante de tí en este estado. Tú me has criado con intencion para ser el instrumento de algun bien sobre la tierra, y de algunos servicios á mis hermanos. Muchos de entre ellos han formado de mí una idea muy superior á mis fuerzas, mientras que otros muchos han de regocijarse de mí mal. No importa, Dios mio, continúa colmándoles con tus socorros, y llenad de prudencia y rectitud su corazón; haz por ellos el nombre de Cristo cada vez mas y mas glorioso en el universo: enseña á los que se fían demasiado en otros instrumentos, á no colocar su confianza sino en tí solo! Escusa á los que tienen impaciencia de hollar y pisotear este gusano de la tierra! Y concédeme una noche de paz, si es esta tu santa voluntad!»

A la mañana siguiente, aniversario de las batallas de Dumbur y de Worcester, sus mas grandes triunfos, el ruido de las músicas militares que celebraban aquellas victorias llegó hasta su cuarto.

«Yo quisiera, exclamó, vivir bastante todavía, para volver á hacer iguales servicios á este pueblo; pero mi jornada está terminada. ¿Que Dios sea siempre con sus hijos!»

Despues de una última noche de insomnio, se le preguntó si queria beber ó dormir: «Ni beber ni dormir, sino irme pronto á mi Padre.» Al salir el sol perdió la voz, pero se le veía orar todavía en voz baja.

El huracan del equinoccio que soplabá desde la vispera, se cambió desde aquel momento en una tempestad sobre la Inglaterra, tan violenta, que parecia un temblor de tierra. En Londres se caian los carruages, y los amigos del protector, advertidos de su extraño peligro, no pudieron caminar por el viento, y se refugiaron en las posadas del camino. Las altas casas de Londres parecían vacilar cual navíos sobre las olas. Fueron arrancados techos y árboles de Hide-Park de raíz, y barridos por el suelo con todas sus hojas, cual si fueran levísimas pajas. Cromwell espiró á las dos de la tarde en medio de aquel trastorno de la naturaleza. La tempestad le arrebató, cual la tempestad le había traído. La supersticion del pueblo vió un prodigio en aquella coincidencia de una convulsion de aire, con la última convulsion de su Macabeo. Le pareció que había sido preciso un grande esfuerzo de los elementos para arrebatár del trono y la vida á aquel hombre que llevaba sobre sus hombros el peso del gobierno de la Inglaterra, y cuya desaparicion iba á dejar un vacío que solo llenaba su dictadura. Se había formado ya tal hábito de obedecerle, y el terror acompañaba de tal modo á su presencia, que no osó ninguna faccion respirar delante de su cadáver, y sus enemigos, como los de César, se vieron obligados á fingir el luto para sus funerales. Muchos meses necesitó la Inglaterra para convencerse de que no existía su dueño, y para intentar algun movimiento de libertad despues de tan memorable servidumbre. Si hubiera habido un Antonio á la cabeza de los soldados del ejército de Londres, y un Octavio ó un Ricardo, hubiera podido comenzar para la Inglaterra el Bajo Imperio.

Pero Ricardo abdicó despues de algunos dias el ejercicio de su poder. Había abrazado con lágrimas las rodillas de su padre, para suplicarle que perdonase la cabeza del rey Carlos I. La abdicacion no le costó gran trabajo, porque había visto ya demasiado cerca el valor del poder supremo. Volvió á ser un sencillo y modesto ciudadano de su patria, ganando con su oscuridad y su ignorancia.

XV.

He aquí el carácter de Cromwell despojado del romanticismo, y devuelto á la historia. Eso pretendido cómico de sesenta años, vuelve á presentarse tal cual es, convertido en un hombre: no se le comprendía: se le comprende.

Un hombre grande es siempre la personificación del espíritu que sopla en tal ó cual época sobre su tiempo ó sobre su patria. Soplabá en 1600 el espíritu bíblico sobre los tres reinos. Cromwell, mas penetrado que ningun otro de aquel espíritu, no fué ni un político, ni un ambicioso, ni un Octavio, ni un César: fué un juez del antiguo Testamento: sectario tanto mas poderoso, cuanto mas supersticioso, mas estrecho y mas fanático era. Si hubiese tenido mas genio que su época, hubiera sido menos poderoso sobre su siglo. Su naturaleza era menos grande que su papel: su supersticion fué la mitad de su fortuna. Verdadero Calvino soldadesco, llevaba la Biblia en una mano y la espada en la otra: miró mas por su salvacion que por el imperio.

Mal informados hasta aquí los historiadores han tomado una de estas ambiciones por otra: era la de su tiempo. Todas las facciones de aquel siglo eran religiosas; así como todas las facciones del nuestro son políticas. En Suiza, en Alemania, en el Norte, en Francia, en Escocia, en Irlanda, en Inglaterra todos los partidos sacaban sus principios, sus divisiones, su ferocidad de la Biblia: aquel libro se había convertido en el *Oráculo universal*. Interpretado diversamente por encontrados sectarios aquel *oráculo* daba á cada interpretacion la aspereza de un cisma, á cada destino la santidad de una revelacion, á cada gefe la autoridad de un profeta, á cada vencido el heroísmo de un mártir, á cada vencedor la ferocidad de un verdugo sacrificando víctimas á Dios. Un acceso de místico frenesí se había apoderado del mundo cristiano: el mas frenético debía vencer. Danton ha dicho que en revolucion la victoria es del mas criminal: y con la misma exactitud puede decirse que en las guerras religiosas la victoria es del mas supersticioso. Cuando este hombre es á la vez un soldado que anima con su misticismo á la soldadesca, su fortuna no tiene limites: sujeta al pueblo con el ejército, y al ejército con la supersticion popular: es un Mahoma si tiene genio: es un Cromwell si no tiene mas que política y fanatismo.

XV'

No se puede, pues, negar á Cromwell la sinceridad. Ella sola motivó su elevacion: ella

no escusa, empero esplica sus crímenes. Esta sinceridad, que fué su virtud, dió á su vida la fé, la abnegacion, el entusiasmo, la consecuencia, el patriotismo, la tolerancia, la austeridad de costumbres, la aplicacion á la guerra y á los negocios, la sangre fria, la modestia, la oracion, el sacrificio y la ambicion personal por su familia; todo ese carácter patriarcal y romano de la primera república que caracterizan su vida y su interregno; le dió tambien la implacabilidad de un sectario que al destruir á sus enemigos cree destruir los enemigos de Dios. Los asesinatos de los vencidos en Irlanda, y la muerte á sangre fria de Carlos I son los vértigos de aquella falsa creencia. No se hallaba moderada por ninguna de aquellas clemencias del corazon que disculpan en César las inhumanidades de la ambicion. Siéntese allí el *vae victis* brutal del sectario, del demagogo, y del soldado en un mismo hombre.

XVII.

Como siempre sucede, aquellos dos crímenes se volvieron sin compasion el uno contra su causa, el otro contra su memoria. ¿Qué quería Cromwell? No era el trono: le hemos visto que lo habia tenido en la mano por diez veces; le hemos visto que lo habia rechazado para dejar reinar solo la Providencia. Quería asegurar á su secta de los *independientes* en materia de fé la libertad religiosa; y quería que aquella libertad religiosa estuviese garantida por la poderosa representacion del pueblo y del parlamento, con una direccion monárquica á la cabeza de aquella república de santos.

He aquí lo que resulta pura y simplemente de toda su vida, de todos sus actos, de todas sus palabras. Salvando la causa del rey vencido, y concluyendo con él ó con sus hijos un pacto nacional, una nueva *Gran Carta*, garantizando la libertad religiosa y la libertad representativa de la Inglaterra, dejaba Cromwell una cabeza á la república, un rey á los realistas, un parlamento todopoderoso á la

nacion, una independencia victoriosa á las conciencias. Matando al rey y asesinando á la Irlanda hacia un agravio sangriento á los realistas; daba mártires á los cultos perseguidos, una reaccion larga y segura al poder absoluto del protestantismo, del estado, ó del catolicismo romano; preparaba el inevitable reinado de los últimos Stuardos que sobrevivian, porque las dinastías jamás mueren en la sangre sino en la fuga. Su ferocidad temprano ó tarde tenia que caer sobre su causa: además tenia que caer eterna y justamente sobre su memoria. Este Mario biblico no podia jamás salir absuelto de estas proscripciones. Despues de haber adivinado mucho gobernó patrióticamente, es verdad, fundó sobre tierra y mar el gran poder de la Inglaterra; empero las naciones, tan frecuentemente ingratas con las virtudes que se desplagan en favor de ellas, son tambien ingratas y mucho mas con los crímenes que se cometen para su grandeza. Las naciones, digan lo que quieran los discípulos de Maquiavelo y de la Convencion, tienen una conciencia y unos remordimientos, que duran tanto como la historia. Cromwell hirió la de la Inglaterra, así como su humanidad, con sus crueldades. Las salpicaduras de aquella sangre real, y de aquella sangre del pueblo, han caído sobre su nombre. Su memoria ha quedado grande, pero siniestra. Es una gloria de la Inglaterra, pero una gloria por reticencia. Sus historiadores, sus oradores, sus patriotas, no gustan de hablar de él; no gustan de que de él se les hable: se ruborizan de deber todo á semejante hombre. El patriotismo británico, que no puede desconocer históricamente la realidad de sus servicios, goza de los cimientos que Cromwell ha echado en Europa al poder de su patria; pero lo rehusa en su gloria: acepta la obra; repudia el hombre. El nombre de Cromwell es para los ingleses como aquellas piedras druidas sobre las que sus bárbaros antepasados hacian sacrificios humanos á sus dioses, que arrojaban despues en los cimientos de otra edad, y que no se pueden desenterrar, ni volverles á dar la luz, sin ver en ellas todavía las manchas de la sangre derramada por feroces supersticiones.

GUILLERMO TELL.

Año de 1300 de Jesucristo.

I.

Espondremos lo que refieren los suizos acerca del origen poético de su libertad.

Pero digamos antes lo que la geografía y la historia nos enseñan de Suiza, ó de la Helvecia y de sus habitantes.

Los Alpes, semejantes á un nudo fuerte y prominente de los músculos de granito de la tierra, son una cadena de montañas que se estiende en un espacio de trescientas leguas, desde la embocadura del Ródano hacia Marsella hasta las llanuras de Hungría. Los eslabones de esa cadena se van deprimiendo en los dos extremos hasta confundirse insensiblemente con la llanura, y en el intermedio se elevan á alturas inaccesibles al pie y casi á la vista del hombre. Sus cimas dentadas como almenas de una fortaleza natural, se destacan con destimbradora blancura por la mañana, rosadas al medio día y moradas en la tarde, sobre el azul oscuro del cielo. Son los reflejos mas ó menos cálidos del sol sobre las sábanas de nieve eterna de que sus cumbres se hallan revestidas. Cuando se las mira de sesenta á ochenta leguas de distancia, desde lo profundo de las llanuras de Italia ó de Francia, inspiran el mismo sentimiento de lo infinito en altura que el mar ó el firmamento en estension. Es un espectáculo que asombra al espectador, y que de terror en terror, de admiracion en admiracion, eleva al pensamiento del hombre hasta Dios, para quien únicamente nada es alto, nada es vasto. Pero el hombre se siente anonadado ante la arquitectura de esas montañas y lanza un grito. Ese grito es una confesion de su pequeñez y un hito al poder

del arquitecto. Por esto hay mas piedad en el mar y en las montañas que en las llanuras. Como el espejo de sus obras en que la divinidad se pinta es mas grande, se diseña y se revela en él la divinidad de una manera mas sensible.

II.

Por el lado que mira al Mediodía ó á la Italia, las pendientes de esas montañas son escarpadas y cortadas como un baluarte elevado para abrigar aquella templada comarca, jardín de Europa. Por el lado del Norte, esto es, por la parte de Francia, Saboya y Alemania, bajan los Alpes desde la inmensidad del firmamento al nivel de los lagos y de las llanuras por declives mas suaves. Parecen una inmensa escalera, cuyos escalones ha ido proporcionando el Criador á los pasos del hombre. Así que se deja la region inaccesible de las nieves, de las escarchas y de los hielos eternos, que forman las cúpulas del monte Blanco del *Yung-Frau*, se suavizan las pendientes, como si las raíces de aquellas cumbres gigantescas hincharan el suelo que las oculta, y se revisten de tierra vegetal, de césped, de arbustos, de flores, de pastos humedecidos por la incesante filtracion del sudor de los ventisqueros que humean á los primeros rayos del sol, ensanchándose y rebajándose cada vez mas, como contrafuertes que van á buscar su punto de apoyo muy abajo y muy lejos para soportar el peso incalculable que los agobia. Así van formando entre sí barrancos que luego se hacen gargantas, luego valles, despues cuevas, y por último, llanuras mas estensas, en cuyo fondo se ve desde lo alto estenderse, dormir y brillar lagos de los que escapan rios espumosos que van á buscar niveles mas bajos todavía.